Eden y Golgota son las dos cumbres de la historia: desde Eden, vereis agitarse todas las pasiones de los hombres en sus vanos tormentos, vereis estenderse sus vicios sobre la tierra, y vuestra vista puede seguir la huella de sus crímenes hasta el infierno á donde les conducen. Desde Golgota vereis los santos deseos del corazon subir hácia Dios, vereis las esperanzas del hombre virtuoso elevarse resplandecientes hácia su fin; y fijando vuestra vista en los rastros de luz que trazan y forman en su vuelo, descubrireis los primeros rayos de la gloria del cielo.

Frecuentemente los hombres son los que forman la historia con sus pasiones y con sus luces, con sus virtudes y con sus vicios: ella marcha en medio de ellos, apoyada sobre sus brazos; sin embargo, cuando debe pasar de una época á otra, ó encuentra algun abismo en su camino, Dios mismo es el que la conduce; y entonces se forma y prosigue su ruta sin los hombres, y aun contra la voluntad de los mismos.

Entonces las inteligencias se admiran, las almas se consternan, las voluntades se humillan, las esperanzas no pueden tenerse rectas, y se inclinan como las flores á quienes no llegan los rayos del sol. Mas el cristiano adora á un Dios, cuyos pasos conoce; la confianza no puede callar en su corazon, y dice á cuantos la rodean: no os horroriceis, Dios es el que pasa; su justicia va delante, mas le siguen su gracia y su amor.

Alguna vez los hombres marchan, y las cosas están quietas; las pasiones se agitan y el mundo está como inmóvil; los pueblos aturden al mundo con sus gritos, y Dios calla; las naciones se levantan y corren sin saber adonde, y la historia parece como clavada en el mismo sitio.

Otras veces por el contrario, los hombres nada hacen, y cosas grandes se cumplen; los pueblos están como dormidos en un sueño profundo, y solo el ojo de Dios vela sobre la tierra, Entonces los hombres no hacen mas que formar un foso al rio de la historia; mas Dios es el que conduce las aguas y dirige su curso.

Dios hace el bien; Dios permite el mal; y cuando el mal está hecho, Dios le conduce al bien por mil rodeos, y por sendas alguna vez tan óscuras y tan torcidas, que los hombres no pueden seguir su Providencia ni perciben cual sea el écsito ó el fin.

Y esto es lo que retarda tanto el movimiento de la historia; porque cuando las pasiones del hombre la desvian de su curso ordinario, es preciso mucho tiempo ya para que Dios la vuelva á conducir al punto de donde ha principiado á estraviarse, y ya para encaminar el mal hecho por los hombres á los fines dignos del mismo Dios,

Los pueblos virtuosos marchan aceleradamente porque andan con rectitud, y porque Dios les protege; mas las naciones corrompidas caminan lentamente, porque no marchan segun la Divina Providencia, y porque se ven obligadas á retroceder y mudar de camino á cada momento hasta venir adonde Dios quiere llevarlas.

Los pecados del mundo retardan la accion de Dios; porque desde el momento en que los hombres se estravian, Dios se está quieto: ademas la accion de Dios para rehacer lo que los hombres deshacen, retarda los pueblos y les hace perder tiempo; y ved aquí porque el mundo anda tan poco camino.

Y el que comprende estas cosas comprende el movimiento de la historia, y no se admira de sus vicisitudes: él sigue la accion de Dios y la del hombre, el flujo de las pasiones humanas y el reflujo de la Providencia: él tiene la llave de los acontecimientos, y prevee los resultados.

XVI.

El orgullo de los reyes humilla las naciones, y la falsa grandeza de los príncipes reduce á menos los pueblos.

Yo he visto reyes arrastrar su orgullo en carrozas doradas por medio de la miseria de los pueblos. Yo he visto las poblaciones estrecharse y comprimirse al rededor de ellos, y hombres que venian de tierras lejanas por ver si la magestad que rodea á los reyes los deja semejantes á los demas hombres.

Yo he oido subir sus aclamaciones hasta el cielo, como para escitar allí los celos y la envidia de Dios; y he oido voces de admiracion por hallar en los reyes otros hombres.

Yo he visto al palaciego adorar con ansiedad sus miradas; y al lisongero retener la respiracion para no parecer viviente delante de ellos, y humillarse como un esclavo á sola su palabra.

Yo he visto á las madres esponer el pecho de sus hijas á las sonrizas libertinas de un rey, y á los maridos ensoberbecerse de la deshonra que sus besos habian impreso en los lábios de sus propias mugeres.

Yo he visto todas estas cosas, yo me he estremecido en mi corazon, y he esclamado: ¡ó Dios mio, ó Dios mio! ¡qué vanos son los hombres en su culto!

Ellos se humillan como esclavos bajo los pies de los reyes; y al mismo tiempo se admiran que el orgullo suba á sus cabezas, y que la opresion descienda de sus brazos!

Los que son pequeños se levantan, y aun se ponen sobre la

punta de los pies por ver pasar el orgullo de los grandes; y al mismo tiempo les vituperan por dejarse embriagar del fausto y de la grandeza!

Los pobres apetecen alimentar sus ojos con el vano espectáculo de las riquezas; y se admiran que los ricos se dejen alucinar y engañar del falso resplandor de sus tesoros!

Los que se hallan oprimidos aturden con sus aclamaciones á aquellos en cuyo nombre se les oprime; y se admiran que la voz de la verdad no llegue á sus oidos!

Todos parece se olvídan que son hombres, todos apetecen el poder, la riqueza y la grandeza de los otros; y no quieren que el vértigo llegue á los que las poseen, y á quienes ellos mismos envidian!

¿Cómo quereis que el príncipe vea la injusticia que se comete en su nombre, si oscureceis su vista con los humos espesos y nauseabundos del incienso?

¿Cómo podrá distinguir el bien del mal, y la justicia de la iniquidad, si vuestros ciegos y viles aplausos no distinguen los reyes buenos de los malos, ni quienes son los que aman sus pueblos, ni quienes los oprimen?

El ánimo y la independencia del carácter han desaparecido de las córtes de los reyes; porque la vanidad ha entrado en el corazon del hombre, y la ambicion roe y carcome sus huesos.

Las proporciones de la naturaleza humana se han minorado en tales lugares; porque el egoismo ha reducido á menos las almas: en breve tiempo no se verán allí hombres sino solamente niños.

Es una verdad: el valor del hombre ha bajado, su precio disminuye todos los dias: el hombre que costó nada menos que la cruz del Calvario, se vende hoy á un hombre por una mirada, á una muger por una caricia, á un rey por una sonrisa.

Desde que la fé ha venido á menos, ya no hay convicciones que apoyen el espíritu, sino solamente opiniones que le divierten; ya no hay nobles sentimientos que eleven el corazon, sino solamente pasiones que le arrastran; los caprichos del humor y del gusto han reemplazado los actos mas solemnes y augustos de la voluntad.

Los pueblos han olvidado lo que son, y lo que pueden; y los reyes no se acuerdan que el primer trono fueron los brazos de los hombres.

Y los pueblos quieren mas bien reprimir con la fuerza y con la violencia los abusos y escesos que sufren, que prevenirlos con la vigilancia y con el empleo y uso prudente de sus derechos.

Y como la violencia nada edifica, apenas se ven levantados por su fuerza, cuando vuelven á caer en su debilidad y á dormirse en su apatía; las cosas vuelven á tomar su curso acostumbrado; y nuevos abusos provocan nuevas violencias.

Y el poder de los pueblos ha venido á ser, con razon, sospechoso á todos aquellos que aman el órden y que buscan la paz y la justicia; porque ellos jamás se levantan sino con la espada en la mano, con el furor en el alma, y con la venganza en el corazon.

El orgullo de los reyes y la vanidad de los pueblos se han dado la mano, y los palacios de los grandes han venido á ser como lazos en donde hallan un incentivo todas las pasiones depravadas del corazon.

Y las córtes son los peores sitios del mundo; porque la justicia se ha desterrado de ellas, y el orgullo ha establecido allí su morada.

Allí es donde el hombre aprende el vil oficio de cortesano, y en donde viste su alma y su cuerpo de la librea del amo, cuyo favor ambiciona.

Allí es donde el hombre prostituye su palabra á la adulacion, sus miradas á la idolatría, y su cuerpo á las mas bajas humillaciones.

Allí es donde el mal gérmen del corazon humano se desenvuelve en una atmósfera ardiente y corrompida, y en donde los culpables pensamientos se multiplican bajo el tibio aliento, y bajo las miradas abrasadoras de los grandes del siglo.

Allí es donde todas las miradas se reconcentran en una sola mirada, donde todos los oidos se dirigen á una sola voz, donde todos los deseos y todas las esperanzas se dirigen á un mismo fin, y donde un hombre viene á ser un Dios para los otros hombres.

Allí es donde ecsiste como en su origen el lujo que arruina los pueblos, el placer que les ablanda, el falso resplandor que les deslumbra, la vanidad que les humilla, y el orgullo que les corrompe.

Todos estan agitados de un mismo vértigo, y aquellos mismos que reprenden en los demas, esperimentan alguna vez sus golpes mortales.

Aquellos á quienes está confiado el sacerdocio del pensamiento tampoco están esentos ó libres; porque ellos adulan á los príncipes, aun vituperándoles, y lisongean su orgullo por la importancia que dan á todo cuanto dicen ó hacen.

Y los folletos de esta poderosa sibila que gobierna hoy el mundo, y cuyos oráculos hacen ver el pensamiento de las naciones, aun antes que se manifieste por los acontecimientos, llevan por todas partes el veneno de la lisonja y emponzoñan la ansiosa curiosidad de aquellos que los leen.

¡Desgraciados de vosotros cuyas manos están llenas de pensamientos, y en cuyos dedos Dios ha colocado la verdad como un anillo; porque no la habeis transmitido á los hombres tal como Dios la ha puesto en vuestros corazones!

Ved aquí lo que dice el Señor: vosotros no estais conmigo, porque habeis vendido vuestros pensamientos por el oro: vosotros no me perteneceis, porque habeis puesto mis dones en almoneda.

Vosotros no sois los hombres del pueblo, sino hombres de partido; y vosotros no comunicais la luz á vuestros semejantes, porque os buscais á vosotros mismos.

Vuestros ojos descubren vuestro interior, porque son curiosos; mas el espíritu y el corazon no os descubren porque sois mercenarios.

Vosotros escribis á la luz del oro que os paga, y derramais con profusion vuestras opiniones y pensamientos sobre aquellos que os leen.

Aquellos, ¡ó Dios de verdad! que tienen la luz no tienen de ella la fé que la corresponde, porque tienen vuestro espíritu apagado en sus corazones; y no tienen fuerza para levantar las naciones de sus humillaciones, porque ellos mismos se prosternan ante el oro y el poder.

Ellos hablan al mundo como si vos no tuvieseis parte alguna en los acontecimientos que le agitan, y como si hubieseis depositado ó ligado vuestra Providencia en los gabinetes en donde se inquieta y se aflige la estrecha y limitada sabiduria de los príncipes.

Ellos transforman en oráculos las palabras que salen de la boca de un rey, y miran hácia que parte se dirigen sus temores ó sus esperanzas, antes que teman ó esperen ellos mismos.

Las pasiones que inflaman y enardecen la mirada de los reyes, ¿son ellas por ventura la luz que dirige los acontecimientos en su marcha? ¿Acaso el porvenir del mundo está pendiente del pelo de sus párpados?

Deberan temblar las naciones cuando los reyes se enfurecen, y las esperanzas de los pueblos dependen de sus sonrisas!

Yo he visto reyes coronarse de osadía y de orgullo; yo les he visto tomar las naciones en su mano como un puñado de polvo, y hacer y deshacer de ellas á su antojo.

Yo he querido maldecirles, yo he querido dispertar el brazo de Dios contra ellos; pero mi maldicion no ha encontrado mas que un trono vacio y un palacio desierto

La venganza de Dios les habia quitado con violencia; el vano resplandor que les deslumbraba se habia disipado; y toda su fal-

sa fuerza se habia deshecho entre sus manos, como se deshace el granizo antes de caer sobre la tierra.

El hombre no es grande ni fuerte sino cuando se une á Dios y combate con el; en desuniéndose y separándose de él, vuelve á caer en su nada y en su impotencia.

¿Por qué, ¡ó hijos vanos de Adan! por qué, correis apresuradamente cuando pasan los reyes? ¿Por qué levantais vuestra cabeza cuando delante de la puerta de vuestras casas levantan el polvo los pies rápidos de sus caballos arrogantes?

Si los reyes son malos, dejadles pasar en silencio, y que hallen por todas partes por donde pasan un desierto sin éco alguno de voz humana; y si los reyes son buenos glorificad á Dios, y temed que el orgullo les embriague; porque no son buenos sino en cuanto son humildes, y el orgullo les perderá.

La bajeza de los pueblos forma el orgullo de los reyes, y en retorno el orgullo de los reyes humilla los pueblos.

XVII.

El tiempo siempre trae y lleva consigo alguna cosa, y Dios ha revestido el espacio de mil formas diferentes.

Y el dia que principia no es semejante al anterior, y el sol no ilumina del mismo modo á todos los habitantes del globo.

Y por esto es porque la historia de un siglo no es semejante á la de otro. El hombre siempre se muda, porque el tiempo jamás se está quieto; y los pueblos no tienen las mismas leyes, porque Dios les ha colocado bajo climas diferentes.

El tiempo entretiene el mundo en el espacio, y todo cuanto hay y se llama humano lleva consigo el sello del tiempo y del espacio. Mas Dios desde la cumbre de su eternidad, y en su inmensidad infinita, reune todas estas diversidades; y en su profunda unidad tienen su armonía todas estas diferencias. El vé todos los hombres en su Hijo, que es su gefe; y él reune todos los siglos en los años divinos de su vida.

Hay pueblos que están mas adelantados que otros, porque han principiado mas pronto su carrera; y hay naciones que tienen mas gloria y mas luces, porque se han resguardado de mejor hora bajo la cruz de Cristo, y porque han vivido mas cerca de las cristalinas fuentes de la fé.

Mas los pueblos que estén menos adelantados no deben tener envidia á los que lo están mas, porque los pueblos son hermanos, y porque la gloria de uno refunde ó redunda en provecho de los demas.

Y aquellos pueblos que tienen mas poder ó mas libertad, no deben menospreciar ni menos avasallar á los que tienen menos, antes bien deben alargarles la mano; porque la alianza de los pueblos alegra el corazon de Dios, y aumenta la dicha de los ángeles.

No es ventajoso para un pueblo conquistar por la violencia lo que otros han conquistado por el tiempo; porque la obra del tiempo es sólida, como que el tiempo está en la mano de Dios, pero la obra de la violencia no tiene solidez alguna, siendo como es el fruto de las pasiones ó de la voluntad del hombre.

Dios no protege las naciones que quieren elevarse por el orgullo, ni ama los pueblos que llaman la libertad al socorro de sus pasiones ó de sus vicios.

La libertad no es un derecho sino para aquellos pueblos que la entienden como un deber; porque la libertad no es para el hombre sino un deber de hacer todo el bien que pueda, y de ayudar á los demas en todo el bien que quieran hacer.

Los pueblos, ¡ó Cristo! no se acuerdan de vuestra redencion; ellos han olvidado que vos sois el libertador de las naciones, y que no hay bajo del cielo otro nombre en el cual puedan salvarse.

Y en sus males no se vuelven hácia vos; y cuando un yugo demasiado pesado les abruma, no es á vos á quien levantan sus manos y sus corazones, no es en vuestro ausilio en quien confian.

Ellos quieren ser libres, no para glorificaros gozando el bien de que vos sois el principio, sino para deleitarse en el orgullo de sus pensamientos, y en la multitud licenciosa de sus palabras.

Ellos invocan la libertad, no como un medio de obrar y de caminar por los caminos de vuestra Providencia, sino como el fin de sus deseos y el término de sus esperanzas.

Quién, ¡ó pueblos de la tierra! ¿quién os ha sumergido en una ceguedad tan profunda? ¿Que vértigo ha hecho así vacilar los pensamientos de vuestra inteligencia, y las resoluciones de vuestra voluntad?

Cuando no teniais libertad os quejabais de no poder obrar; y ahora que la teneis, descansais como si ya nada tuvieseis que hacer; y os dormis en una indolencia culpable.

Aquel que tiene las manos y los pies cargados de cadenas ¿quiere por ventura que se les desate para estarse quieto en el mismo sitio, y para mirar con complacencia las ligaduras de que se le ha librado?

¿De qué le sirve tener los pies libres, si no quiere marchar? ¿Y qué necesidad tiene que las manos se le desaten, si quiere tenerlas cruzadas en el pecho?

Conquistar por la fuerza es cosa bien fácil al hombre, pues no es necesario mas que brazos y hierro; pero conservar el bien que se ha recibido ó adquirido es muy dificil, porque para esto es necesario toda la accion de la inteligencia y todos los esfuerzos de la voluntad.

En la conquista no teneis que hacer sino con hombres que pueden ser mas débiles que vosotros; pero en la conservacion de lo adquirido debeis luchar con el tiempo, y disputarle cada uno de los instantes de que se compone.

Ademas, el tiempo es casi siempre mas fuerte que el hombre, porque es sufrido en su accion y decidido en su marcha.

La vida de un pueblo es un combate perpetuo: cada victoria es la señal de una nueva lucha; y la conservacion de los bienes que ha adquirido es una conquista continuada con el mas terrible de sus contrarios.

Cuando Dios curó á los paralíticos, les dijo: Levantaos y marchad; y vosotros, despues de haber roto vuestras cadenas, os decis á vosotros mismos: sentémonos y olvidemos en el sueño las fatigas y peligros del combate.

Si sois verdaderamente libres, marchad bajo la proteccion de Dios y de los ángeles; porque á los pueblos, como á los hombres, siempre les queda alguna cosa que hacer, y el descanso es una falta.

La libertad no es el fin, sino el medio; no es el fin, sino mas bien el principio; no es el descanso en el goce ó fruicion, sino el trabajo, el sacrificio, la lucha.

¡Ay! ¡ay! Las naciones de la tierra han venido á ser tan pequeñas como los niños; su vanidad se prenda de vagatelas, y se preocupa fuertemente con las miserias.

El orgullo ha estrechado los ojos y el corazon; y en las cosas mas grandes, no ven las naciones sino minuciosos detalles, sin comprender lo mas principal.

Dios es el que da á los pueblos la constitucion que les distingue; el tiempo la desenvuelve; los acontecimientos la manifiestan; y los hombres la escriben bajo la dictadura de Dios.

Hay naciones en las que el poder está colocado en las manos de uno solo; hay otras en que está dividido entre muchos: unas veces el poder se transmite con la sangre; otras veces se comunica por eleccion; pero cualquiera que sea su forma, Dios es siempre el que la ha dado, y la ley es la que regula y fija los límites.

Mas el poder que no conoce límites ni reglas es abominable á los ojos de Dios; porque es una verdadera usurpacion de su po-

der; Dios maldice á los que lo egercen como tiranos, y á los que se someten como débiles.

Grandes males han asolado la tierra, é inmensas desgracias la han destruido; porque los hombres no han conocido ni comprendido la naturaleza sagrada del poder.

La vanidad ha corrompido su corazon, y pervertido su juicio; y esta es la razon porque no ven las cosas por la parte que mira á Dios, sino solamente por la parte que mira á ellos mismos.

Los hombres miran el poder como el derecho de traer todos los demas á sí mismos; siendo así que el poder no es otra cosa que el deber de entregarse y dedicarse uno á todos los demas.

Esto es una redundancia de vuestro poder, ¡ó Dios mio! un reflejo de vuestra sabiduria, una emanacion de vuestro amor: esto es el cumplimiento de la pasion de vuestro hijo, una parte de su cruz, la continuacion de su augusto sacrificio.

El poder hace que el hombre salga de sí mismo; él multiplica su ser, y tiene en el que lo egerce otras tantas personas cuantas son las que le obedecen.

Cuanto mas se estiende el poder, tanto mas se acerca á vos el que lo egerce, ¡ó Dios mio! vos que habeis criado todos los seres por vuestro poder, que les distinguis en vuestro Verbo, y que les abrazais en vuestra caridad infinita.

El lenguage humano se dilata y estiende por recibir en toda su longitud los pensamientos y sentimientos de todo aquello que os eleva y puede elevaros sobre todos los demas; y esta palabra *Nos*, palabra de origen divino, anuncia que el que egerce el poder no es solo, sino que él lleva en su pensamiento y en su amor todos aquellos que vos habeis sometido á su autoridad.

¡Cuantas veces, entre aquellos que mandan, esta palabra es una mentira! ¡Cuántas veces tienen el *yo* en el espíritu y en el corazon, mientras que el *Nos* está en los lábios!

Reyes y pueblos, padres é hijos, amos y criados, todos ignoran lo que es el poder; porque no os conocen á vos, ¡ó Dios mio! ni aquel que vos habeis enviado.

No hay cosa mas alta y mas sublime, mas dificil y mas pesada que el poder; y es indispensable mucha energía en el entendimiento y mucha grandeza en la voluntad para sostener su peso.

Bueno es que en una nacion el poder se reparta entre muchos; y el pueblo en el que este divino reflejo se estiende por grados, desde el superior hasta el mas ínfimo, está mas cerca de Dios que los otros.

Porque lo que al hombre le hace ser mejor, es la importancia de los deberes que le son impuestos; y lo que le hace ser mas semejante á Cristo, es el número y la grandeza de los sacrificios que él debe cumplir.

Dichoso el pueblo en que todos merecen participar del poder, y en que cada uno puede decir: *Nos;* porque entonces cada uno piensa, siente, y habla en nombre de todos.

Mas el poder es peligroso para aquellos que no saben salir de sí mismos; porque en los tales el poder se vuelve egoismo, orgullo, arrogancia, vanidad, y todas las pasiones que tienen su raiz en el amor propio.

XVIII.—La Asociacion.

El hombre no ha sido hecho para vivir solo; la sociedad le es necesaria así para su cuerpo como para su alma; la asociacion desarrolla y multiplica sus fuerzas y su poder: el hombre solo desfallece y enferma como una flor á que no llegan los ardores del sol, y viene á ser una carga para los demas y para sí mismo.

El hombre nace en la familia, se desarrolla en el estado, y se perfecciona en la iglesia; y despues de su muerte, si muere en la amistad de Dios, halla todavia en el cielo la iglesia que le ha santificado sobre la tierra.

La golondrina no tiene necesidad de nadie para construir el nido donde debe colocar sus huevos: las suaves melodías que el ruiseñor despide como un torrente mientras duerme dulcemente su compañera, nacen de sí mismas en su garganta: el corderillo apenas sale del vientre de su madre, ya salta balando al rededor de ella: cada animal trae consigo al nacer toda la ciencia que le es necesaria para desarrollarse y para vivir.

Solo el hombre nace débil, porque los otros tienen que prestarle sus fuerzas: el hombre nada sabe al venir al mundo, porque los otros deben enseñarle lo que le importa saber: el hombre ni aun podria hallar el seno que le debe nutrir, si su madre no le atrajese dulcemente sobre su corazon: si él quiere caminar, es preciso que sea conducido por la mano de su padre; si quiere hablar, es necesario que su boca estudie por mucho tiempo en los lábios de su madre; si quiere ser santo es indispensable que la iglesia le dé su fé, y que cubra su vida con la sombra de los ruegos y del amor.

Y no obstante el hombre, menospreciando su naturaleza y la voluntad de su criador, teme la sociedad como una sujecion; él aspira al aislamiento ó soledad como si fuese el último fin de su ser: y mientras que las necesidades de su alma y de su cuerpo le conducen forzosamente á la sociedad, el orgullo de su espíritu y